MANUEL FRAGA IRIBARNE

Presidente de Alianza Popular

Presidente del Grupo Parlamentario Popular

EL SOCIALISMO HA MUERTO

Conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI,

en Madrid,

el 21 de noviembre de 1983

Edita:

Publicaciones de Alianza Popular

2ª edición: Marzo, 1984

No hace mucho tiempo eran bastantes los que pensaban que el mundo iba, irremisiblemente , hacia una era socialista. Todo el mundo se declaraba socializante o socialdemócrata, como mínimo y como malévolamente subrayaron algunos, hasta en los documentos pontificios llegó a introducirse la palabra **socialización**.[1] Ciertamente, hoy nadie pretendería cosa semejante. La jugada de muchos, basada en que el mundo iba irremisiblemente a la izquierda, de renunciar a sus principios (para mejor defender sus intereses) y sumarse a los juegos florales de los puños con claveles y rosas, es claramente una jugada perdedora. El socialismo está en crisis, en todas partes; como ideología, que intenta explicar las transformaciones económicas y sociales del mundo moderno; como sistema, que lleva ya varias generaciones de intento de aplicación, en múltiples experimentos, ninguno de los cuales ha sido capaz de ofrecer, a las respectivas sociedades, cambios para mejor; como soteriología, o fe creadora de esperanza en una sociedad justa y en fin de la Historia, comenzando un nuevo evo.

Ningún economista serio cree hoy en la ideología socialista científica como interpretación de la realidad económico-social. Nadie duda de que la aplicación práctica de las ideas socialista ha producido una peor situación económica y social; lo mismo en las sociedades que, como la URSS de Stalin y la China marxista, han hecho una aplicación minimalista de los mismos; que en el socialismo tercermundista, que ha llevado al caos a innumerables países de África y Asia; que en la superación, en la Europa occidental, de la socialdemocracia, que ha ido acogotando el dinamismo de las economías, y dando lugar a un claro retroceso electoral del socialismo europeo.

Y por encima de todo, la base soteriológica de la utopía socialista se ha ido derrumbando, a medida que los sueños han llegado al contacto con la realidad; que no nos ha llevado al país de los Sevarambos, a la isla de Utopía,

1 Ver Georges Bourgin y Pierre Rimbert, “Le Socialisme”; París,9ª ed.,1969; pág. 10

a la Ciudad del Sol ni a ningún renovado paraíso terrenal, dotado de una ética social superior; sino a las condiciones de una vida degradada, burocratizada y sin alicientes, en la que el precio de la igualdad ha sido la falta general de estímulo, para volver a caer en nuevas desigualdades y en la erosión o desaparición de las libertades. Eso sí, los profetas del mundo nuevo han seguido el consejo de Maquiavelo, evitando la triste suerte de Garonerola, armándose de todas armas, desde las nucleares a las de la manipulación monopolística de la televisión.

Una visión histórica debe reconocer que, en el tránsito del mundo preindustrial a la sociedad industrial, el socialismo fue, de algún modo, una consecuencia natural; fue una réplica a las durezas de la transición del viejo mundo artesano y gremial, protegido por un sistema corporativo, a las nuevas realidades de la fábrica y del mercado libre de trabajo[2] .La misma visión histórica debe admitir que la desaparición del socialismo, en el tránsito actual hacia las sociedades posindustriales, es un fenómeno igualmente natural.

Un sociólogo de la izquierda, Alain Touraine, lo dice de modo terminante: **El socialismo ha muerto**. Es cierto que el vocablo figura por doquier: en los programas electorales, en el nombre de los partidos e incluso en el de los Estados, pero **está desprovisto de sentido.**[3] Vivimos en medio de constantes juegos de palabras, y cuando los argumentos se acaban, se pueden oír grases como aquellas de que el socialismo en Polonia o en Cambodge es antisocialista.[4]

---

2 Cfr. George Lichtheim, “Breve Historia del Socialismo”, Madrid,1975

3 Alain Touraine, “El Postsocialismo. Los nueve caminos de la izquierda, más allá del socialismo”, 1980

4 Ver Michael Harrington, “Socialismo”; México, 1978

Pero lo cierto es que el socialismo ha abandonado todas sus tesis porque no se tienen de pie. El socialismo afirmó que la sociedad socialista (superadora de las fases históricas de la sociedad esclavista, la sociedad feudal y el sistema capitalista) suprimiría las injusticias sociales, la explotación del hombre por el hombre y el predominio de una clase sobre las demás; lograría la prosperidad para todos, con mucho menor esfuerzo: evitaría las contradicciones sociales que llevan al exceso de la burocracia, a la creación de sistemas represivos, y al armamento y a las guerras; que liberaría al hombre de lastrabas intelectuales, morales y económicas.

Evidentemente, siglo y medio después del famoso manifiesto de Marx y Engels, tales ofertas o promesas constituyen una sangrienta y grotesca burla. Las nuevas clases que dominan los países socialistas manejan las políticas más duras y los ejércitos más potentes de la Historia; el señor Mitterrand sigue la misma política exterior del general De Gaulle, y en los países socialistas se vive mucho peor y con menos libertad que en los otros.

Por ello, los movimientos sociales actuales (ecologistas, feminismo, regionalistas, etc.) han roto todos los cuadros ideológicos del llamado **socialismo científico y no creen ya en el fin de la lucha de clases ni en el final de la Historia.** [5] La ecología, el feminismo, el regionalismo y mil tendencias más han roto los cuadros marxistas y han dejado convertido al socialismo en una palabra vacía de contenido.

---

5 A Touraine, of. cit., pág. 138

El socialismo fue una ideología basada en la teoría de la lucha de clases; en la supresión de los medios de producción; en la planificación económica obligatoria; en la creación de un gran sector público; en la redistribución de rentas, por vía fiscal; en el control ideológico de las mentes, al servicio de todo ello y en el internacionalismo pacifista. Hoy es evidente que en los países democráticos nadie se atreve a defender en serio estas ideas, incluso si se practican en parte. Las viejas banderas rojas están en desuso.

Como dice Marx Eastman, la idea de que los grupos más débiles de la sociedad mejoran, en cuanto al nivel de libertad, de justicia, o incluso de igualdad relativa, con el sistema de socializar los medios de producción, se ha revelado ser sólo **quimera, un sueño ilusionado, una pompa de jabón, que ha requerido un siglo para desvanecerse.**[6] Rusia y Polonia viven mal; lo sabe todo el mundo. La dramática pregunta de Lenin: Libertad, ¿para qué? está contestada por Estados Unidos y Japón: también para vivir mejor. En cuanto al pacifismo internacional, que se lo pregunten a Afghanistan o en Cambodge; desde que los socialistas votaron, en toda Europa, los créditos para la primera guerra mundial, a pesar del asesinato de Jaurés, se sabe que el nacionalismo es superior al internacionalismo. Como se sabe también que los fascistas fueron nacional-socialismos o socialismos nacionalistas.

Lo cierto es que en los últimos años los socialismos de la Europa occidental han dejado de ser socialistas. en el famoso Congreso de Bad-Godesberg, el partido social-demócrata alemán (SPD) dio el gran paso histórico de abandonar la ideología socialista, renunciando a la expropiación de los medios de producción, y aceptando la propiedad privada de los mismos y el principio de libre iniciativa empresarial. Como dice Wolfgang Abendroth: desde 1959 no hay en la República Federal de Alemania ningún partido político que profese programáticamente el pensamiento socialista si se entiende la palabra socialista en

6 Marx Eastman (y otros), “La ciencia económica ante la inutilidad del socialismo”; valencia, 1959

el sentido que tuvo en toda Europa hasta la segunda guerra mundial[7]. De un modo u otro, lo mismo ha ocurrido en todas partes; la izquierda, para llegar al poder, y, sobre todo, para ejercerlo, ha tenido que aceptar la misma realidad que negaba en la oposición. Guy Mollet en Francia, Nenni y Craxi en Italia, y ahora Felipe González en España, se encuentran con que las ideas socialistas no sirven para gobernar.

Pero es que incluso en los países del Este, después de pagar un precio increíble de destrucción de las libertades más elementales, se han tenido que reconocer los límites de un experimento contrario a la naturaleza humana. La URSS de Breznev y de Andropov ha dejado de ser un país revolucionario y también la famosa vanguardia del proletariado mundial. Ha vuelto a ser lo de siempre: un Estado imperialista, armado hasta los dientes, con una disciplina social espartana, y que no se molesta en dar excusas cuando bloquea Berlín, cuando somete con sus tanques a Budapest o a Praga, cuando envía sus divisiones aerotransportadas a Kabul, ni cuando derriba fríamente a un Jumbo coreano.

La propia China, la que hace poco reprochaba a la URSS el abandono de la ortodoxia revolucionaria, ha tenido igualmente que rendirse a la evidencia, después del caos total en que la sumió la revolución cultural. Tras la muerte del empecinado Mao-ZeDong y del célebre juicio de la **Pandilla de los Cuatro,** ha ido volviendo al confucionismo, a la empresa privada y al sentido común. Toda la provincia de Cantón está volviendo a inventar el capitalismo, y se ha renovado hasta el régimen interno de las comunas agrarias.

Mientras el socialismo marxista iba retrocediendo en la práctica, se dio, sin embargo, el paradójico fenómeno de que una formulación neo-marxista tras otra, intentaba revivirlo en la teoría, para consumo de

7 W. Abendrodth, “Sociedad antagónica y democracia política”, Barcelona,1973

las juventudes universitarias de los países occidentales. Los hijos de las clases medias de nuestros países bien alimentados y bien vestidos por la economía de mercado, se deleitaban leyendo a Garaudy y a Marcusse en los campus del mundo capitalista. Pero desde 1968 y su ridículo estallido de Mayo (al mismo tiempo se preparaba el fin de la Primavera de Praga) también el neo-marxismo de los exquisitos y de las sentadas dejó de ser posible en Europa, aunque todavía la ironía de la historia mantenga a algunos de los malos estudiantes de entonces en posiciones de poder. La intelectualidad marxista se tuvo que callar, o tomar otras direcciones (que llegan a los nueve filósofos e incluso a la nueva derecha). Garaudy se hizo musulmán, y creo que con esto queda dicho todo. Cuando Max Gallo se preguntaba hace poco, dónde están los Malraux y los Gide de ahora, es un hecho que la intelectualidad de Occidente ha tenido que hacer vista a la derecha. Hoy se empieza a reconocer que **socialismo y cultura son metafísicamente contradictorios e históricamente irreconciliables.**

Pero hay más todavía. La propia retirada hacia la socialdemocracia ha sido insuficiente. Ni siquiera el socialismo descafeinado ha resistido a la crisis. Como dice Ralf Dahrendorf, el consenso socialdemócrata, en el que coincidieron no sólo Helmut Schmidt y Kreisky, sino también hombres procedentes de la derecha, como Edward Heath y Giscard d´Estaing, está claramente superado por la historia política y económica más reciente[8]. Este consenso ha sido roto desde los ángulos más diversos: la vuelta a planteamientos terroristas, que rechazan la vía de las reformas; el ecologismo, que no acepta la racionalidad económica clásica; y, por supuesto, desde la realidad económica misma, que pone un límite a la multiplicación del gasto y el déficit público.

Vista en perspectiva histórica, la esperanza en el socialismo ha durado lo que viven las rosas: una mañana[9]. Muerto el socialismo, como tal, se habla ahora del cambio, sin explicar ya de qué cambio se trata, ni en qué

8 R. Dohrendorf, "Oportunidades vitales. Notas para una teoría social y política".Madrid,1983

dirección, ni cómo se va a producir. Muerto el socialismo como tal, y agotadas las fórmulas socialdemócratas (y en América, las equivalentes del Nuevo Trato y la Gran Sociedad), se intenta reemplazar la vieja utopía, por una mezcla confusa de marxismo teórico, progresismo vago y (sobre todo) liberación sexual freudiana. Si Lenin pudo decir que el comunismo era el marxismo más la electricidad; hoy parecería que para algunos la herencia socialista desemboca en marxismo, más sexo y porro libres[10]

Entre nosotros, como siempre, vamos con un cierto desfase, pero por lo mismo el contraste es más notorio. Todavía en el Congreso del PSOE, diciembre de 1976, se rechaza textualmente cualquier acomodación con el capitalismo; lo que se ejemplificaba con propuestas concretas como la socialización inmediata de los 10 grandes bancos y las 50 mayores empresas industriales. Naturalmente, el pasar de la contestación universitaria de los años sesenta al intento de gobernar en los años ochenta, obliga a renuncios diarios y a rectificaciones en cadena. Y aun quedan más por ver, pues el pensar que la política exterior puede ir por caminos diferentes que la política económica es empeño vano.

El modelo de sociedad

Desde la filosofía griega y en particular desde Platón y Aristóteles, hay planteados dos grandes modelos de sociedad, probablemente inspirados en la idealización de los tipos históricos de Esparta y Atenas; y su contraposición se mantiene hasta nuestro tiempo, en torno a los polos de Rusia y

9 Henri Amouroux, “Ce que vivent les roses”; París, 1983

10 Cfr. Jean-Michel Palmier, “Herbert Marcusse et la nouvelle gauche”; París, 1973

América. Platón, en su **República**, probablemente influido por la victoria militar de los espartanos sobre los atenienses, y también por sus ideas erráticas sobre la vida sexual, propone la supresión de la familia y de la propiedad privada para mejorar el Estado. El interés privado se considera incompatible con el bien común, de modo que filósofos y guardianes han de consagrarse solamente a la comunidad; no deben tener bienes, ni familias propias, pues, de hacerlo, las pondrán por delante del interés general.

Aristóteles, por el contrario (Y, a mi juicio, con mejor sentido de la realidad) entiende que el hombre es como es; que su forma de integrarse en la sociedad es , precisamente, a través de unidades intermedias, como la familia, o la finca, o el taller; que la socialización se produce por capas concéntricas, como en un milhojas, y no como un bloque de granito.

La parte de razón que pudiera tener Platón se la ha dado la Iglesia, de otro modo; considerando la renuncia a la vida familiar y a los bienes de este mundo, como una ofrenda especial de sacrificio para los que opten por una vocación religiosa, de vida dedicada a lo trascendente, en múltiples posibilidades. Pero la transparencia de estos ideales a la vida política se ha traducido siempre, como era inevitable, en exageraciones y extremismos, acabando invariablemente en el caos y terror.

La aplicación del principio socialista con pastores divinos, como don Vasco de Quiroga (Tata Vasco) con los indios de Michoacán o los jesuitas en las misiones guaraníes, es justamente un testimonio interesante de la dificultad de continuar el experimento, cuando desaparecen tales pastores, cosa que por cierto ya había señalado el propio Platón en **El Político**. Por el contrario, frente al supuesto egoísmo de la economía clásica, debe recordarse que la investigación de Adam Smith no fue sobre la riqueza de los capitalistas, sino, como se titula su obra inmortal, sobre **La riqueza de las naciones**. Adam Smith no era un empresario, sino un moralista, un fino filósofo, de la escuela escocesa, influido por Hume; su trabajo arranca de un estudio del carácter humano, para concluir cómo se puede,

partiendo de su realidad, promover esa riqueza general de las naciones. Y no cabe duda de que sus previsiones se cumplieron, y no sólo en la Gran Bretaña de su tiempo.

Hay, repito, dos modelos básicos de sociedad; dos actitudes ante la vida social; dos series de valores para enjuiciar la familia, la moral, la escuela, el sistema de información; hay dos conceptos sobre los procedimientos públicamente aceptables, en torno al derecho, a las facultades del Estado, a los derechos individuales, a la propiedad y a la herencia, al orden económico y a la empresa, etc.; hay dos maneras de ver la política exterior, y en general las relaciones con las demás naciones.

¿Por qué no reconocer, al llegar a este punto, que todos hemos pasado (alguna vez) por la tentación socialista? Toda persona de buen sentido y de sensibilidad ante la miseria humana, se ha preguntado (más de una vez) el porqué de la desigualdad económico-social, el porqué de la herencia, y por mil cosas más. El problema no está, por supuesto, en que unos seamos más o menos generosos que otros; no se trata de dos posiciones del pensamiento social, una antigua y egoísta, y la otra moderna y progresista; sino de dos conceptos contradictorios del orden social, y de cómo debe construirse, para lograr una sociedad mejor para todos.

La sugestión de que el orden socialista provoca menos abusos y corresponde a un concepto superior o más desarrollado de la ética social no puede tomarse en serio, después de lo ocurrido en Rusia, en China, en Checoslovaquia, en Polonia o donde quiera se haya intentado a fondo el cumplimiento de la utopía socialista. Puede, al contrario, afirmarse, en base a los hechos, que a más socialismo corresponde un grado mayor de miseria y de opresión; que éstas alcanzaron un grado máximo en las primeras fases de la revolución rusa y china, y que en la medida en que el socialismo ha aceptado compromisos (como en Yugoslavia) la situación es menos mala. Como en la antigua Esparta, el socialismo produce inferiores frutos económicos y culturales;

sólo reflejos una mayor eficacia en las cuestiones que llevan a la guerra, por la mayor capacidad de movilización, a partir de una férrea disciplina permanente.

Se dirá que el capitalismo puro también tuvo sus durezas e incluso brutalidades, y es cierto. Ahora bien: entre la Inglaterra victoriana, reflejada en las novelas de Dickens, injusta, pero rica, y con oportunidades; y la Polonia de Jaruzelsky, injusta, pero además miserable y sin oportunidades, no cabe vacilar, en el sentido de optar sin duda por la primera, que además admitía posibilidades de emigrar, de reformarse en un régimen político abierto y representativo, etc.

Se dirá, por otra parte, que el socialismo ha ido aceptando concesiones respecto al maximalismo inicial, también es cierto. Pero si es verdad que ya no se oyen frases como aquellas de amor libre, de la propiedad es un robo y la religión es el opio del pueblo, no es menos cierto que el socialismo sigue manteniendo ideas confusas sobre la familia, sobre la propiedad, sobre la ética y la educación, y prácticamente sobre todo. El pragmatismo puede imponerse en esta o en aquella situación; pero las tendencias básicas de los dos modelos se mantienen.

En lo que se refiere, en particular, al modelo económico, es evidente que hoy disponemos ya de una amplia experiencia, que permite afirmar su peor funcionamiento, a la hora de los hechos. Cualquiera lo sabe, si se toma la molestia de visitar los comercios de los dos Berlines, y pregunta por los precios y por los salarios medios; y no digamos si logra meterse en el interior de Rusia y pregunta cómo viven los campesinos.

El marxismo prometió liberar al hombre de la alienación económica, y por este medio, de todas las demás alienaciones: religiosa, cultural, política, etcétera[11]. El socialismo ofreció, frente a los abusos de todos los sistemas anteriores, una economía humana y justa. Después de una experiencia larga, repito, que ya no permite invocar la **herencia** recibida n las dificultades de todo comienzo, hoy ya sabemos que tal oferta ha sido incumplida; más aún, que el socialismo (maximalista o descafeinado) ha copiado todos los pretendidos **malos usos** del capitalismo y los ha agravado con sus propios males y limitaciones.

El socialismo, o no es nada, como ocurre en no pocos países en los que es un mero objetivo tras el nombre de un partido, o es la abolición de la propiedad privada, para acabar con la desigualdad social. Donde se ha intentado, hay más pobreza y menos libertad; y en ningún país donde se vote, nadie se atreve a proponer semejante cosa.

El fracaso de la colectivización de los medios de producción es indiscutible. En la agricultura es donde se ve más claro: los koljos rusos y las comunas chinas son el símbolo mismo de la ineficiencia, salvo en las pequeñas parcelitas que los agricultores de la cooperativa cultivan individualmente para sus familias, o incluso para el mercado. Las empresas públicas industriales de los países del Este no son ni la sombre de las de Estados Unidos, Japón y Alemania, en cuanto a productividad y creatividad. El comercio funciona a base de colas, para los nativos, y de mercado negro, para los turistas con dólares, como saben todos los visitantes de los países del Este.

El socialismo, por ello, ha ido modificando algunos de sus objetivos, pero no puede dejar de conservar muchos de sus errores básicos. Siempre promueve un aumento incontrolado del gasto público, lo que a su vez llega aparejado un crecimiento excesivo de los impuestos y de las transferencias; es

11 Cfr. Piettre, "Marx y marxismo"; 3ª ed.;Madrid, 1974; págs. 329 y sig.

decir, menores ingresos y capacidad de ahorro para los particulares y menores medidas de inversión para las empresas.

Mientras se deteriora el sector privado, crece el sector público; y, por lo mismo, la burocratización de la economía y de la vida social. En general, aumenta el endeudamiento público, interior y exterior, hasta límites que ponen en peligro la estabilidad y futuro de las economías nacionales y el equilibrio económico internacional.

Sin embargo, el socialismo quiere defenderse de su fracaso, criticando al capitalismo y denostándolo, por el fomento del más destructor de los sentimientos humanos, el resentimiento. Capitalismo y capitalista se han convertido en malas palabras. Y, sin embargo, el sistema liberal capitalista produjo en poco más de un siglo el mayor desarrollo económico de toda la historia, y supo acompañarlo con lo que fue, inicialmente, el mayor desarrollo conocido de los sistemas políticos y de las libertades humanas; sin comparación posible con cualquier otro sistema anterior o posterior. Ello en modo alguno quiere decir que fuese un sistema perfecto, o imperfectible, pero es una indiscutible realidad histórica.

Cuando Nikita Jruschof, entonces supremo jefe soviético y del socialismo mundial, declaró ante el Soviet Supremo, en 1960 su famoso desafío al mundo occidental: Pronto alcanzaremos los niveles de producción y consumo de los Estados Unidos y seguidamente las sobrepasaremos, haciendo ridículo todo intento de parangonar el capitalismo con el socialismo, estaba, no sólo atando a su cuello la soga de la próxima defenestración (porque sus pares sabían ya que ésta era una apuesta perdida), sino sentando la barrera insuperable para el sistema socialista, la de la eficiencia. Un cuarto de siglo más tarde, todo el mundo sabe que la URSS sigue importando trigo de los Estados Unidos, para intentar paliar el hambre de los rusos.

La URSS no ha resuelto ni la alimentación, ni tampoco la vivienda de los rusos, que hoy disponen de menos superficie habitable por persona que en 1923. Tampoco han resuelto el sistema de distribución que reemplace al comercio libre, y sigue habiendo colas para todo.

Sin embargo, los socialistas de todo tipo siguen actuando en contra del empresario. Le siguen llamando burgués explotador, monopolista, servidor de inconfesables intereses multinacionales. En unos sitios y épocas se practica la **supresión física**. En otros, la nacionalización o expropiación arbitraria para las grandes empresas, y la supuesta **autogestión** para las pequeñas y medianas. En la mayor parte, el socialismo fiscal, del que ahora estamos disfrutando en España: impuestos elevados y progresivos, cotizaciones elevadísimas a los servicios sociales, fondos obligatorios, intervención creciente en las decisiones empresariales, provocación de los poderes de dirección de la empresa, etc. Al empresario, cada vez más, sólo se le deja la responsabilidad (hay que ver con qué fruición se habla hoy de meterlos en la cárcel) y un poco dinero de bolsillo. El resultado es, naturalmente, la degradación progresiva de la vida económica.

El empresario no puede cumplir su función social sin una moral. El empresario ha de tener conciencia y reconocimiento de que, al servir y defender su empresa, está prestando un servicio a la sociedad. El empresario debe ser sostenido en la idea de que el beneficio es, ante todo, una medida legítima del acierto de la empresa, en servir a los consumidores y usuarios. El empresario ha de ver apoyado, para hacer todo esto, su poder de decisión y de dirección, que se justifica por el riesgo asumido.

Pero, visto desde el otro lado, es evidente que la nacionalización de las empresas no modifica, en sí misma, las relaciones entre las clases sociales; son mucho más parecidas que otra cosa en una fábrica rusa que en una americana, y curiosamente son más diferentes entre Japón y Alemania. Un ingeniero director sigue siendo un ingeniero (que ha tenido que estudiar) que

dirige, en Polonia o en Inglaterra. Me acuerdo, en una visita a Nova Huta, la gran siderurgia polaca, que la cifra que dio un ingeniero director sobre el salario medio de los trabajadores era notoriamente inferior al precio de la corbata que llevaba puesta. No sé cuantas tendría, pero el hecho era patente.

El socialismo favorece, en todas partes, la inflación; porque ya Lenin explicó que destruir la moneda es el sistema mejor y más rápido para corromper un país; pero también porque su política de gasto público no puede producir otros resulados. Favorece la burocratización, con una idea equivocada de la planificación obligatoria y el control excesivo. Tiene siempre una **vocación totalitaria,** porque el control económico total no puede lograrse más que a través del control de las mentes[12] . Destruye el sentido de la responsabilidad, con uno mismo, con la propia familia, con el conjunto de la sociedad.

Pero, repito, lo más grave es que el socialismo, después de su crítica sistemática al capitalismo, sólo ha sido capaz (tras un millar de experimentos) de cambiarlo por distintos grados del capitalismo de Estado [13] menos eficiente y más opresor; o bien de utilizarlo, sometido y disminuido, oculto en distintas modalidades de la Economía sumergida, hoy tan en boga en todas partes. El capitalismo abierto y pluralista funciona mucho mejor.

12 Cfr. Roland Huntford, “The new totalitarius”, Londres, q971. Este sugestivo estudio del socialismo sueco es la mejor confirmación de las tesis de Hayek y de Revel, sobre la vocación totalitaria de todo colectivismo.

13 Ver Umberto Cerrom, “Problemas de la transición al socialismo”, Barcelona, 1979; págs. 163 sigs.

La realidad es que, como anunció Henry Haslitt, en su obra de ficción **El gran descubrimiento**, al cabo de un cierto tiempo de práctica socialista, se vuelve inevitablemente a buscar las ventajas de la iniciativa y a descubrir las del mercado. Hasta en la China actual el fenómeno es patente. Pero el **Gran Hermano** se ocupa, como ocurrió en Checoslovaquia, de que el experimento no vaya demasiado lejos, para no perder el control político absoluto.

El mercado tiene mejor y más completa información y mejores criterios de asignación de recursos, por el impacto automático de las pérdidas y ganancias, que ningún planificador burocrático. En la oscura caverna económica, el socialista se debate como un cíclope voluntariamente cegado. Cuando dijo Von Mises (desarrollando la intuición ya formulada por Gossen, en 1854) en su célebre artículo de 1920, sobre la imposibilidad del cálculo económico en un sistema socialista, se ha visto confirmado al pie de la letra, a lo largo del último medio siglo. Como se han confirmado las tres tesis de Von Hayek: la economía funciona pero en todos los sistemas socialistas; en todos se crea un orden jerárquico, intervencionista y arbitrario, y ninguno fortalece el sistema de libertades de los ciudadanos.

El final del mito igualitario

Resistiéndose las sociedades a la supresión de sus instituciones básicas, como la familia, y claramente el modelo económico socialista, los movimientos colectivistas se han ido replegando sobre un vago planteamiento igualitarista. Por todos los medios se critica al que mejor estudia, al que más trabaja, al que intenta la obra maestra o la conducta excelsa. Al principio de libertad se le ha querido sustituir progresivamente por el mito de la igualdad.

La igualdad ante la ley y la razonable equiparación de oportunidades son principios serios de organización social. El igualitarismo a ultranza, en cambio, es lo menos realista de las hipótesis y la más destructora de las políticas sociales.

Como dice Luis Moure Mariño, en un libro importante sobre La desigualdad humana[14] el hombre, ser naturalmente competitivo, propende a la desigualdad. Pero es, sobre todo, la sociedad misma, la que requiere, para su propio funcionamiento, a la vez especialización y jerarquía. La división del trabajo y el establecimiento de categorías es, justamente, lo que diferencia a la humanidad del resto de las especies animales.

Por eso, la igualdad deseable no puede ser confundida con la promoción destructora de la envidia. Oliver Wendel Holmes escribió: No tengo ningún respeto a la pasión de la igualdad, que se me antoja mera idealización de la envidia. Un padre procura la posible igualdad entre sus hijos, pero no intenta desanimar al que sea un pintor o un músico genial, para que los demás no se molesten.

Como dice Helmut Schvech, la envidia constituye uno de los problemas nucleares de la existencia social, por ser obvio que el hombre, movido por la envidia, puede convertirse en destructor[15] . Pasión congénita de muchos hombres, y particularmente arraigada en nuestra sociedad, la envidia, en cuanto punto de apoyo, expreso o tácito, de la política social, es muncho más destructora de cuanto quieren conceder quienes han tejido a partir de ella su filosofía social y

14 Editado por la Fundación Cánovas del Castillo; 2ª ed., Madrid, 1983

15 H.Schoeck, “La envidia y la sociedad” (1968);trad. esp., Madrid, 1983; pág. 11

económica[16].Con razón afirma Nicolai Hartmann, en su Ética, que una de las grandes desgracias de la humanidad actual consiste en que un sector importante de la filosofía social contemporánea haya tomado ese funesto camino.

Excitar el resentimiento, la más negativa de las reacciones humanas, es un error mayúsculo. El igualitarismo absoluto constituye el caldo de cultivo más perfecto que se ha podido inventar para la envidia y el resentimiento; como lo es el de anteponer el sentimiento de injusticia (negativa) al de justicia (positiva); el uno lleva a destruir, a nivelar por abajo; el otro a crear, a tirar de todos hacia arriba. En una palabra, ya va siendo hora, a la vista de la dramática experiencia de los últimos años, de actuar de tal modo que no se crea necesario hacer del envidioso la norma de la política económica y social[17].

La experiencia histórica ha demostrado, por otra parte, que el sistema de clases no ha desaparecido; al contrario, han surgido **nuevas clases,** más arbitrarias y con barreras más infranqueables que las tradicionales. Como ha señalado Milovan Djilas, en La nueva clase, ésta concentra más poderes que ninguna otra conocida. Los palacios y los cotos de caza cambian de mano, pero están siempre ocupados. La Nomenklatura es muy distinta del viejo Ghota, pero es todavía más selectiva.

El nuevo feudalismo burocrático, como le ha llamado Crossman, es tan distanciador socialmente como el viejo feudalismo agrario. Pero, a su vez, es menos promotor de riqueza que las diferencias que produce el sistema de libre empresa. Y resulta paradójico el que sea precisamente desde las cimas de

16 Schoeck, op. cit., pág.12

17 Schoeck, op. cit., pág. 299

poder y de privilegio que crean las superdemocracias socialistas, desde donde se fomente sistemáticamente la envidia social, como pedestal de aquéllas.

Ya Aristóteles había señalado los peligros de poner en promesas electorales las transferencias de capital o de rentas, es decir, el resultado del esfuerzo de otros. En la mayoría de los casos, con el pretexto de gravar las rentas más altas, se busca la justificación para gravar más los ingresos de todos, en beneficio de los grupos gobernantes, a todos los niveles. De aquí el buen sentido de la famosa enmienda propuesta por el profesor Friedman, a la Constitución de los Estados Unidos: Todo el mundo tendrá derecho a ejercer la beneficencia, **a su propia costa.** Toda compra de votos es una corrupción de la democracia. Como dijo hace más de un siglo Federico Bastriat, la moralidad de una política que quita a Pedro trabajador para dárselo a Juan disipador o vago, es cualquier cosa menos moralidad.

Los problemas del Estado socialista

El socialismo comenzó en todas partes como una doctrina revolucionaria, que condenaba a los Estados existentes como apoyos de un orden social injusto, y que por lo mismo debían ser derribados por la violencia. Marx y Lenin añadieron una nueva agravación, al establecer (tras los fracasos de 1848 y de la Comuna de París, así como la primera revolución rusa) que para hacer posible la victoria definitiva era necesaria una etapa intermedia, de dictadura del proletariado. En España, no sólo el comunismo, sino también el PSOE, mantuvieron esta doctrina, hasta una época muy reciente.

Hoy, el socialismo ha dejado atrás también los planteamientos revolucionarios. Ha aprendido que, una vez desatada, la violencia puede jugar en muy distintas direcciones; si bien se reserva el apoyarla, de modo más o menos hipócrita, en determinados países del Tercer Mundo. También ha comprendido que hay más de un método para cambiar los grupos dirigentes

políticos, económicos y culturales de una nación; y, por supuesto, que un cambio político violento no lleva necesariamente al **cambio social**[18] .

Otro mito social-marxista que se ha derrumbado es el del proletariado como clase salvífica y su necesaria dictadura, tras la fase revolucionaria. En la sociedad de consumo y con un sistema de seguridad social, los trabajadores industriales han dejado de ser revolucionarios. Por eso ahora se buscan los apoyos de otros grupos sociales: aquí los estudiantes, allí los negros, más allá los polisarios, etc. todo ello forma parte de una reconversión ideológica, impuesta por el fracaso de las previsiones marxistas: de hecho, lo mismo en Rusia que en China fueron los campesinos, hambrientos de tierra, los que decidieron el éxito revolucionario, para luego ser privados aún de las pocas que poseían. Y asistimos hoy a la misma reconversión de la idea de revolución, propiamente dicha, que se ha revelado imposible en los países desarrollados, hacia una estrategia, no menos peligrosa, de reformas revolucionarias, a través de la escuela, la cultura, la televisión, etcétera[19]

Si pasamos a la idea del Estado socialista posrevolucionario, es obvio que no existe en el mundo ningún Estado que haya realizado el modelo político preconizado por las utopías socialistas, desde La República de Platón. Los dirigentes del socialismo vencedor siguen encastillados en el mismo Kremlin o ciudadela de los viejos zares, o en la Ciudad Prohibida de los emperadores manchúes. La situación creada en Polonia, por la dictadura de Jaruzelski, a la vez Generalísimo, Jefe del Estado y secretario General del Partido, es algo que rebasa

18 Ver A.S. Cohan, “Introducción a la teoría de la revolución”, Madrid, 1977

19 Ver Alejandro Nieto, “La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos”; Barcelona,2ª edic.,1972

todo lo que hubiera podido imaginar el más apasionado propagandista del antimarxismo.

Los Estados socialistas son opresores y caros. Man, hablando de la Comuna de París, escribió que al suprimir las dos mayores partidas de gastos, el ejército y la burocracia, la Comuna convirtió en realidad la consigna de todas las revoluciones burguesas: un **gobierno barato**[20]**.** Ha ocurrido todo lo contrario. El socialismo ha impulsado, en todas partes, y en todas sus formas, lo que F. Revel llama la megalomanía del Estado, convirtiendo a éste, a la vez, en ineficiente o incontrolable.

Si es indudable en todas partes el avance de la burocratización y del crecimiento de las funciones de Estado (Max Weber, Bruno Rizzi, James Burnham, etc.) es indudable que el socialismo ha sido su promotor fundamental.

Pero la cuestión básica, con serlo mucho, no se plantea en el terreno de los servicios administrativos y sociales. El gran problema está en la penetración creciente, con indudable **vocación totalitaria**, de los sectores culturales e informativos. El socialismo lo único que no abandonará nunca es la lucha cultural, el control de la zona de las convicciones profundas. Su aspiración a un mayor control social se centra hoy en la escuela, en los medios de información, en la mediatización general de los cuerpos intermedios. De la lucha de clases se ha pasado a la **revolución cultural**.

---

20 Ver Francois Chatelet Y otros), “Los marxistas y la política”. I. Las metamorfosis de la Revolución (1843-1917). Madrid, 1977.

Educación e información pasan así a convertirse en los grandes medios de manipulación social. Por eso es esencial el monopolio de las escuelas y de la televisión. Y por eso es ahí donde está centrada la batalla por el futuro, mientras se aparentan concesiones en otros terrenos. La proposición 90 de Mitterrand: Crear un gran servicio público, unificado y laico, de educación nacional, se justifica así por los socialistas franceses: La transformación de las mentalidades es condición indispensable para la consolidación de las conquistas del socialismo[21].

Y muy poco habrá que añadir sobre la televisión, por ser tan obvio que el control de esas gafas de colores es uno de los temas que, por sí solos, justifican la acción de la mayoría contra el socialismo. Como la libertad de educación, la libertad de televisión se ha convertido en una de las piedras angulares de todo el sistema de libertades; la libertad de producir, de recibir y de elegir[22] la pequeña pantalla, es la única manera de evitar que la utopía socialista, que ya no se atreve a llamar por la puerta principal, se nos cuele por la puerta trasera.

Socialismo y comunidad internacional

Socialismo fue durante mucho tiempo sinónimo de pacifismo. El socialismo de finales de siglo pasado británico, y Lenin escribía sus diatribas contra el imperialismo. Hoy, el socialismo del Este se ha convertido en una fuerza

21 Ver Publicaciones de Alianza Popular, Comisión de enseñanza, “Educación en libertad”; Madrid, 1983

22 Michael d`Ornano, “La manipulación des medias”, París, 1983.

imperialista y militarista de primer orden, y algunos socialismos democráticos (no todos) le hacen el juego con su pacifismo unidimensional.

Aquí llegamos a las máximas paradojas de la crisis actual del socialismo. No hay nadie, por supuesto, que no quiera la paz, hoy como en tiempo de San Agustín; pero no hay nadie que pueda creer, sensatamente, que la paz puede ser otra cosa que la creación difícil del esfuerzo inteligente y tenaz por frenar a los que quieren romperla[23]. El mayor índice del fracaso de la utopía socialista es, justamente, que quienes la defienden a ultranza, o quieren imponerla por la fuerza, o se declaran incapaces de resistir a esa fuerza.

Consideraciones finales

El viejo anhelo de la humanidad es que la mayor diferencia entre el hombre y los animales, de lograr una sociedad más perfecta y más justa, no debe morir, bien al contrario; pero tampoco puede convertirse en un permanente y arriesgado **hágase la justicia, aunque perezca el mundo.** Lo que hay que hacer es tomar ese anhelo lleno de nobleza y de esperanza, sacándolo del peligroso mundo de las utopías, y llevarlo al de la realidad. Y ésta ha dejado claro que el socialismo carece de soluciones para los problemas de nuestro tiempo. Como dice Alain Touraine, nos vemos expulsados del atrayente mundo de las utopías, zarandeados por los adelantos técnicos, la competencia internacional, el paro, la inflación, la crisis económica y política[24]

23 Ver Richard Nixon, "Real Pace. A strategy for the west"; New York, 1983

24 A. Touraine, "El postsocialismo", Barcelona, 1982, pág. 16

Lo que está claro es que decir socialismo, como decir izquierda, no es hablar sin más de libertad, igualdad, generosidad, progreso y bienestar; sino, en realidad, de vagos planteamientos de envidia social, improvisación administrativa, de penuria productiva y de menor nivel real de libertades; todo ello envuelto en una máxima ambigüedad en los planteamientos[25]. La derecha, supuesta defensora de privilegios e injusticias ancestrales, es la que está levantando de hecho la economía, en Estados Unidos, Japón, Alemania e Inglaterra; naciones en las cuales se ha ido a la raíz de los problemas, a soluciones realistas, dando la espalda a las utopías socialistas, y a ese tipo de falsas intuiciones que, como decía Oscar Wilde, son muy a menudo una manera rápida de llegar a la conclusión equivocada.

Mientras el socialismo se ha visto en todas partes obligado por la crisis a tragarse sus falsas ideas y sus programas utópicos, renace en muchos sitios la esperanza de que el trabajo, el ahorro, la seguridad, las instituciones estables y, por encima de todo, la iniciativa y el sentido común es lo único que podrá sacarnos adelante. Al servicio de tales ideas han sido normales en los últimos años victorias reiteradas de mayorías naturales, de base liberal-conservadora y populista. Así deberé ocurrir también en España, donde un año de gobierno socialista ya ha revelado las diferencias entre la demagogia del PSOE en la oposición y sus realidades en el Gobierno.

La palabra que ha integrado todas las confusiones ha sido, no lo olvidemos, la palabra **cambio**. No ya revolución, pero sí cambio, hacia todo lo bueno, y sin esfuerzo. Ya se ha visto que no hay semejante cosa. No hay tampoco, por supuesto, ningún mandato popular para cambiar una sociedad que ya ha cambiado, por el desarrollo económico-social y la expansión de las clases medias, por la emancipación de la mujer y el crecimiento del consumo y de las comunicaciones.

---

25 Cfr. Alain Peyrefitte, “Cuando la rosa se marchite”, Barcelona,1983

Más allá del socialismo queda el verdadero desafío: la reforma social en profundidad, hecha por los que creen, a la vez, en la sociedad española y en la capacidad de su pueblo para reformarse, para ser más auténticamente él mismo.

Manuel Fraga Iribarne